

SOLEMNIDAD DE SAN JOSE

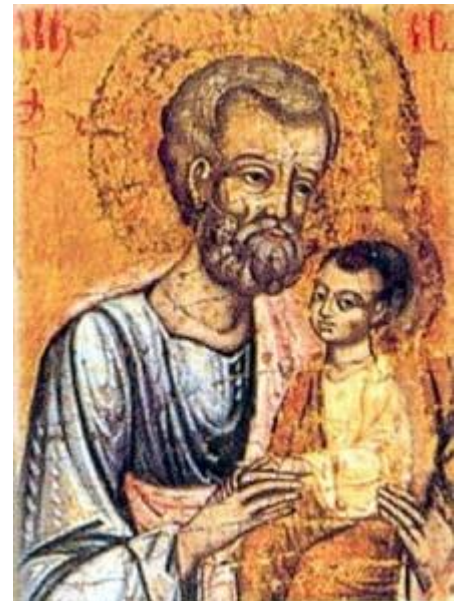
LA HOMILÍA S. Martínez Rubio

Palabra de Dios:
Mt 1,16. 18-21. 24a.

San José el hombre del recogimiento que escucha

Todos experimentamos que el vivir de cada día nos llena de cuidados, inquietudes y deseos de todas clases; nos inunda de imágenes, de tareas, de reclamos. En medio de ese torbellino se hace necesaria la vigilancia externa y el recogimiento interno para escuchar al “*ángel del Señor*”: la voz que resuena “de nuestra alma en el más profundo centro”.

San José, en su recogimiento, escucha la voz de Dios que le aclara sus dudas y le pide ser guardián de la Encarnación del Hijo de Dios. José es el hombre del recogimiento. Y nos invita a retirarnos un poco del bullicio de los sentidos, al recogimiento íntimo, a que sepamos dirigir la mirada hacia el interior y hacia lo alto, para que Dios pueda tocarnos el alma y comunicarnos su palabra, su voluntad.



San José el hombre de la disponibilidad obediente

José, recogido para escuchar, está disponible para cumplir con presteza la voluntad de Dios, incluso cuando esa voluntad no sea, a veces, coincidente con sus expectativas.

Hoy el Evangelio nos lo muestra disponible para incorporarse al plan salvador de Dios entre los hombres. En otra ocasión nos lo mostrará dispuesto a caminar a hacia Belén. Otra vez, después de escuchar al ángel, saldrá para Egipto, donde ha de correr la suerte de los sin techo y sin patria: refugiados, extranjeros, desarraigados que buscan un lugar donde instalarse con su familia. Más tarde sufrirá la dolorosa experiencia de haber perdido al niño Jesús. Cuando Jesús es encontrado José se siente, en cierto modo, corregido por Jesús, pero a la vez encaminado hacia lo alto. *Yo debía ocuparme de las cosas de mi Padre* (Lc 2,19).

La vida de San José no ha sido la del que ha pretendido realizarse desde sí mismo haciendo de su vida lo que quiere. Ha sido el hombre que se niega a sí mismo, que se deja llevar adonde no quería. No ha hecho de su vida cosa propia, sino cosa que entregar. No se ha guiado por su voluntad, sino por la voluntad de Dios.

Pero es exactamente en esta renuncia de sí mismo donde el hombre se descubre a sí mismo. Cuando esto sucede, no es nuestra voluntad quien prevalece, sino la del Padre, a la que Jesús se sometió: *No se haga mi voluntad, sino la tuya* (Lc 22,42). Por esto San José nos ha enseñado con su

entrega, que en cierto modo adelantaba la imitación de Jesús crucificado, los caminos de la fidelidad, de la resurrección y de la vida.

José peregrino del cielo verdadero ciudadano de esta tierra

A partir del momento en que José *conoce* el Plan de Dios, su existencia es la del que está siempre en camino, en un constante peregrinar. Se nos descubre así otra característica de la existencia del cristiano. Como cristianos debemos considerarnos extranjeros, peregrinos y huéspedes (1 Pe 1,17; 2,11; Heb 13,14), porque, “*nuestra ciudadanía está en los Cielos* como dice San Pablo (Fil 3,20).

Ser ciudadanos del cielo no nos aparta de cumplir nuestros deberes en la tierra, Pero nos preserva del mal que supone hacer del mundo el absoluto. Cuando hacemos del mundo un absoluto destruimos la creación y no se satisface nuestro corazón que lleva una sed de infinito, que este mundo no puede saciar, porque necesitamos mucho más: necesitamos el Amor inagotable, la Verdad y la Belleza ilimitadas

Ese insuprimible deseo de infinito que llevamos dentro, podemos, por desgracia desplazarlo de nuestro horizonte, y perseguir la plenitud buscando únicamente en este mundo. Queriendo tener el Cielo ya en la tierra, esperamos y exigimos todo de ella y de la actual sociedad. Pero, en nuestro intento de extraer de lo finito lo infinito pisoteamos la tierra y dificultamos la convivencia social con los demás,

Sólo cuando aprendamos a dirigir nuestras miradas hacia el Cielo, brillará también la tierra con todo su esplendor. Únicamente cuando alimentemos las esperanzas humanas con la idea de un eterno estar con Dios, y nos sintamos peregrinos hacia la Eternidad, en vez de encerrarnos en el horizonte de este mundo, sólo entonces se iluminarán nuestros anhelos hacia este mundo para que tenga también él esperanza y paz.

Por todo ello, demos gracias a Dios en este día porque nos ha dado a San José como patrón, que nos enseña el recogimiento para escuchar, la disponibilidad para la obediencia fiel a la voluntad de Dios, y la actitud de los caminantes que se dejan llevar por Dios; y que nos dice por esto mismo la manera de servir igualmente a nuestra tierra. Y pidamos la intercesión de nuestro patrón para que, vigilantes en la escucha, disponibles en la obediencia y peregrinos hacia el cielo caminemos con esperanza, y seamos un día recibidos por Dios, que constituye nuestro auténtico Destino de caminantes hacia la comunión de la vida eterna.